



Juan Carlos Onetti

Un sueño realizado

Ein wahr gewordener Traum

Un sueño realizado

La broma la había inventado Blanes; venía a mi despacho –en los tiempos en que yo tenía despacho, y al café cuando las cosas iban mal y había dejado de tenerlo- y parado sobre la alfombra, con un puño apoyado en el escritorio, la corbata de lindos colores sujeta a la camisa con un broche de oro y aquella cabeza –cuadrada, afeitada, con ojos oscuros que no podían sostener la atención más de un minuto y se aflojaban en seguida como si Blanes estuviera a punto de dormirse o recordara algún momento limpio y sentimental de su vida que, desde luego, nunca había podido tener-, aquella cabeza sin una sola partícula superflua alzada contra la pared cubierta de retratos y carteles, me dejaba hablar y comentaba redondeando la boca: –Porque usted, naturalmente, se arruinó dando el Hamlet-. O también: –Sí, ya sabemos. Se ha sacrificado siempre por el arte y si no fuera por su enloquecido amor por Hamlet...

Y yo me pasé todo ese montón de años aguantando tanta miserable gente, autores y actores y actrices y dueños de teatro y críticos de los diarios y la familia, los amigos y los amantes de todos ellos, todo ese tiempo perdiendo y ganando un dinero que Dios y yo sabíamos que era necesario que volviera a perder en la próxima temporada, con aquella gota de agua en la cabeza pelada, aquel puño en las costillas, aquel trago agridulce, aquella burla no comprendida del todo de Blanes:

–Sí, claro. Las locuras a que lo ha llevado su desmedido amor por Hamlet...

Si la primera vez le hubiera preguntado por el sentido de aquello, si le hubiera confesado que sabía tanto del Hamlet como de conocer el dinero que puede dar una comedia desde su primera lectura, se habría acabado el chiste. Pero tuve miedo a la multitud de bromas no nacidas que haría saltar mi pregunta y sólo hice una mueca y lo mandé a

Ein wahr gewordener Traum

Den Scherz hatte sich Blanes ausgedacht; er kam in mein Büro – zu Zeiten, als ich noch ein Büro besaß, und in das Café, als allerhand schief ging, und ich schon aufgegeben hatte – und stand da auf dem Teppich, eine Faust auf dem Schreibtisch, die schönfarbene Krawatte am Hemd mit einer goldenen Spange befestigt, mit diesem Kopf – quadratisch, rasiert, mit dunklen Augen, die nicht länger als eine Minute auf etwas ruhen konnten und sofort abschweiften, als ob er gleich einschlief oder sich an einen ehrlichen und sentimental Moment seines Leben erinnerte, das er so natürlich nie hatte wirklich führen können – diesem Kopf ohne irgendetwas Überflüssiges, erhoben zur Wand mit den Porträts und Plakaten, ließ mich reden und kommentierte mit rund geschürztem Mund: »natürlich, weil Sie sich selbst ruiniert hatten, als Sie den Hamlet gaben«. Oder auch: »ja, das kennen wir schon; man hat sich immer für die Kunst geopfert, und wenn es nicht wegen der verrückten Liebe zu Hamlet gewesen wäre...«

Und ich habe all die vielen Jahre damit zugebracht, so viele elende Menschen auszuhalten, Autoren, Schauspieler und Schauspielerinnen sowie Theaterbesitzer und Zeitungsschreiber nebst deren Familien, Freunden und Liebhabern, die ganze verlorene Zeit, einen Centavo zu verdienen, der, wie Gott weiß, wie ich weiß, nötig war, um ihn dann in der nächsten Saison wieder zu verlieren, mit diesen Wassertropfen auf den kahlen Kopf, dieser Faust auf den Rippen, diesem bittersüßen Trunk, diesen vollkommen unverständlichen Scherzen von Blanes:

»Na klar. Die Torheiten, zu denen ihn seine übermäßige Liebe zu Hamlet verführt hatte...«

Wenn ich ihn das erste Mal nach dem Sinn all dessen gefragt hätte, wenn ich ihm gestanden hätte, daß ich genauso viel über Hamlet wußte wie über das Geld, das eine Komödie nach dem ersten Lesen einbringen kann, dann wäre es mit dem Witz vorbei gewesen. Aber ich hatte Angst vor der Menge neuer Witze, die meine Frage hervor-

paseo. Y así fue que pude vivir los veinte años sin saber qué era el Hamlet, sin haberlo leído, pero sabiendo, por la intención que veía en la cara y el balanceo de la cabeza de Blanes, que el Hamlet era el arte, el arte puro, el gran arte, y sabiendo también, porque me fui empapando de eso sin darme cuenta, que era además un actor o una actriz, en este caso siempre una actriz con caderas ridículas, vestido de negro con ropas ajustadas, una calavera, un cementerio, un duelo, una venganza, una muchachita que se ahoga. Y, también, W. Shakespeare.

Por eso, cuando ahora, sólo ahora, con una peluca rubia peinada al medio que prefiero no sacarme para dormir, una dentadura que nunca logró venirme bien del todo y que me hace silbar y hablar con mimo, me encontré en la biblioteca de este asilo para gente de teatro arruinada al que dan un nombre más presentable, aquel libro tan pequeño encuadernado en azul oscuro donde había unas hundidas letras doradas que decían *Hamlet*, me senté en un sillón sin abrir el libro, resuelto a no abrir nunca el libro y a no leer una sola línea, pensando en Blanes, en que así me vengaba de su broma, y en la noche en que Blanes fue a encontrarme en el hotel de alguna capital de provincia, y, después de dejarme hablar, fumando y mirando el techo y la gente que entraba en el salón, hizo sobresalir los labios para decirme, delante de la pobre loca:

–Y pensar... Un tipo como usted que se arruinó por el Hamlet.

Lo había citado en el hotel para que se hiciera cargo de un personaje en un rápido disparate que se llamaba, me parece, *Sueño realizado*. En el reparto de la locura aquella había un galán sin nombre y este galán sólo podía hacerlo Blanes porque cuando la mujer vino a verme no quedábamos allí más

locken würde, und ich verzog nur das Gesicht und schickte ihn weg. Und so konnte ich zwanzig Jahre leben, ohne zu wissen, wer Hamlet war, ohne ihn gelesen zu haben, aber aus der Intention, die ich in Blanes Gesicht und im Wiegen seines Kopfes erkannte, war klar, daß Hamlet Kunst war, reine Kunst, große Kunst und auch das Wissen, weil ich das aufsaugte, ohne gewahr zu werden, daß da auch ein Schauspieler oder eine Schauspielerin war, in diesem Fall eine Schauspielerin mit lächerlichen Hüften, engen schwarzen Kleidern, und da ist ein Schädel, ein Friedhof, ein Duell, eine Rache, ein kleines Mädchen, das ins Wasser geht. Und natürlich W. Shakespeare.

Deshalb war ich jetzt, nur jetzt, mit einer blonden mittig gescheitelten Perücke, die ich zum Schlafen nicht ablegen mußte, mit einer Zahnprothese, die mir nie ganz paßte und die mich dazu zwingt, ganz vorsichtig zu pfeifen und zu sprechen, in der Bibliothek dieses Heimes für abgehalfterte Theaterleute, für das sie einen vornehmen Namen haben, und fand dieses sehr kleine, dunkelblau gebundene Buch mit den golden geprägten Lettern *Hamlet*, saß in einem Sessel, ohne das Buch zu öffnen, entschlossen, das Buch nie zu öffnen, nie eine Zeile zu lesen, dachte an Blanes, an dem ich mich so für seinen Scherz rächen konnte, und an die Nacht, in der Blanes in dieses Hotel der Provinzhauptstadt kam, um mich zu treffen, und wo er, nachdem er mich hatte reden lassen, rauchte, zur Decke und auf die Leute schaute, die den Raum betreten, dann ein wenig den Mund öffnete, um mir vor der armen Verrückten zu sagen:

»Und denken Sie nur... Ein Typ wie Sie, der sich mit Hamlet ruiniert hat.«

Ich hatte ihn ins Hotel gebeten, weil er eine Rolle in einer Schnapsidee von Drama übernehmen sollte, das, glaube ich, *Wahr gewordener Traum* hieß. Für eine der Rollen hatte die Verrückte einen namenlosen Mann vorgesehen, und diesen Mann konnte nur Blanes spielen, denn als die Frau zu mir kam,

que él y yo; el resto de la compañía pudo escapar a Buenos Aires.

La mujer había estado en el hotel a mediodía y como yo estaba durmiendo, había vuelto a la hora que era, para ella y todo el mundo en aquella provincia caliente, la del fin de la siesta y en la que yo estaba en el lugar más fresco del comedor comiendo una milanesa redonda y tomando vino blanco, lo único bueno que podía tomarse allí. No voy a decir que a la primera mirada –cuando se detuvo en el halo de calor en la puerta encortinada, dilatando los ojos en la sombra del comedor, y el mozo le señaló mi mesa y en seguida ella empezó a andar en línea recta hacia mí con remolinos de la pollera- yo adiviné lo que había adentro de la mujer...

war außer ihm und mir niemand da; der Rest der Truppe hatte sich nach Buenos Aires absetzen können.

Die Frau war mittags im Hotel gewesen, und weil ich schlief, kam sie erst zu einer Zeit zurück, die für sie und alle Welt in dieser heißen Provinz die passendste ist, nämlich am Ende der Siesta, als ich im kühlestem Teil des Speisesaals saß, eine runde Milanese aß und Weißwein dazu trank, das einzige gute Getränk dort. Ich will nicht sagen, daß ich auf den ersten Blick erriet – als sie in der flirrenden Hitze in der Tür mit dem Vorhang stehen blieb, ihre Augen im Halbdunkel des Speisesaales weit aufgerissen, als der Kellner auf meinen Tisch zeigte und sie sofort mit wirbelndem Rock geradewegs auf mich zukam –, was in der Frau steckte...

Die vollständige Übersetzung für private Zwecke gibt es hier /
Se puede pedir la traducción completa por uso privado aquí:

ghf@docs-hoffmann.de

Spanische Erzählung / Cuento español:

Juan Carlos Onetti
Tan triste como ella y otros cuentos
Lumen, Palabra en el tiempo 118
Barcelona 2001

Foto aus dem Film / Fotografía de la película:
Michelangelo Antonioni: Professione: reporter

Übersetzung und Gestaltung / Traducción y diseño:
Gernot Hoffmann

Dank an Renate Ndarurinze und Norbert Kustos für ihre Hilfe /
Gracias a Renate Ndarurinze y Norbert Kustos por su ayuda

Dieses Dokument / este documento / 11.Juni 2020:
<http://docs-hoffmann.de/onettiunsueno11062020.pdf>